

## Literatura

La mejor  
fiesta de  
fin de año

Si me pongo a pensarlo la mejor fiesta de fin de año nunca fue en fin de año.

Si me pongo a pensarlo me viene a la cabeza el fin de año de 1999. ¿Se acuerdan del efecto 2000, también conocido como YK2? Durante varios meses fuimos bombardeados con todo tipo de predicciones catastróficas que invariablemente aseguraban el colapso del planeta tierra con el cambio de milenio. Decidí que lo mejor era que el aquelarre me pillara relajado y me alquilé una cabaña en Ihagrande, una isla paradisíaca no muy lejana a las costas de Río de Janeiro. En esa época vivía en Sao Paulo, así que todo quedaba en mi área de influencia. Llegó la noche del 31, brindamos con varios amigos y esperamos noticias. Me sorprendió sentir tanta tranquilidad a mi alrededor. Sí, de acuerdo, éramos pocos en la isla, pero aún así, ¡era fin de año! Me dijeron que me quedara tranquilo, que si sobrevivíamos al efecto 2000 la fiesta del primer día del nuevo año sería antológica. A la mañana siguiente nos despertaron unos gritos. Sin tiempo a terminarnos el desayuno ya estábamos montados en un yate, navegando. Poco a poco iban llegando más embarcaciones. Antes de las diez ya tenía una caipirinha en la mano y una peluca en la cabeza. Antes de las once ya bailaba al ritmo de la samba de una banda que tocaba desde otro barco y me había enamorado un par de veces. A las doce me pellizqué, era la mejor fiesta de fin de año de la historia. Sólo que era en año nuevo. Y había empezado justo cuando los últimos rezagados llegaban a sus casas a dormir la borrachera del 31. Nosotros, en cambio, tan frescos. Toda la bahía de Angra dos Reis era una fiesta. Cuando dos embarcaciones se arrimaban, los más osados saltaban y cambiaban de barco, música y de pareja de baile. El verdadero efecto 2000 era esto, pensé. El siglo que empezaba prometía placeres aún por descubrir al otro lado de la bahía.

Si me pongo a pensarlo me viene a la cabeza la navidad del 2009. Convencí a mi mejor amigo que la mejor manera de empezar un año era bañándonos en el Caribe. Dicho y hecho. Pocos días antes de terminar la primera década del siglo XXI, y tras un decepcionante paseo por el parque



## Relato. Marc Caellas

Tayrona, nos plantamos un 30 de diciembre en Puerto Colombia. Lo primero que nos ofreció una amiga local fue dormir en la casa Obregón. Como no nos pusimos de acuerdo en el precio, terminamos alojados en otra casa sin nombre ni puertas ni ventanas donde convivían perros, gallinas, artistas, cantantes y demás fauna delirante de la cultura colombiana. Perdimos comodidad, pero

ganamos exotismo. Perdimos privacidad, pero ganamos una invitación a una fiesta en la playa para esa misma noche. No podían esperar a fin de año, ellos la celebraban el 30. Cuando llegamos a Rancho Deli una joven cantante entonaba su melodía contoneando su cuerpo al ritmo que le marcaba el dj. Aún no lo sabíamos, pero esa banda, Cero39, iba a acompañarnos en momentos clave de nuestra

vida. Luego le tocó el turno a una dj local, toda estilosa, con una personalidad a prueba de machos. Era Li Saumet, la cantante de Bomba Stereo. No hace falta que dé cuenta de los bailes, brebajes y psicotrópicos con los que alimentamos a nuestro cuerpo sensible. Sólo añadiré que si nunca terminaste una fiesta viendo el amanecer en el Caribe es que no has vivido lo suficiente. Para todo lo de-

más te queda tu tarjeta de crédito favorita.

Si me pongo a pensarlo pienso que uno nunca puede escapar de la familia. Recuerdo el fin de año del año 2011 donde me quedé atrapado en Buenos Aires. Mi novia de entonces estaba recién separada y no veía clara mi presencia entre sus familiares, padres, hijos y demás. Me resigné a pasar la noche en vela escuchando el estruendo de los fuegos artificiales. Hasta que mi amigo Martín se compadeció de mí y me llevó consigo a la cena de la familia de su ex mujer. Aunque conocía a algunos miembros de esa familia de mi etapa en Venezuela, llegó un momento en la noche en el que pensé: tantos años en América Latina, tantos intentos de huir de la familia, tantos años liberado de compromisos para terminar ahora en otra familia. Una familia divertida y amorosa, con la que años después sigo vinculado, pero una familia. Ni patria ni religión ni familia, nos decíamos antes. Es relativamente fácil desprenderse de las dos primeras, pero la familia se agarra a ti como una garrapata. Especialmente durante las fiestas. En fin de año terminas siempre en familia, la propia o una ajena, que te adopta y te da un papel en su tragicomedia, pero en familia. No hay modo de escapar.

Si me pongo a pensarlo diré que no sé donde termine este año. Tengo la sensación que este año fue más largo que otros. Miro hacia atrás y veo que estuve dos veces en Ciudad de México, que viví un mes en Tokio, una semana en el centro del mundo, otra en Medellín, un mes en Buenos Aires y dos meses en un ático ilegal de Joaquín Costa donde si yo fuera alguien más osado me hubiera hecho fuerte, como el personaje de 13 Rue de percebe. Fue un año donde probé el peyote y la sobrasada casera. Fue un año donde monté una romería performativa y dormí tres semanas en un archivo fotográfico. Fue un año donde entregué el premio Nobel a Borges. Nada de eso estaba previsto a finales del 2017 como casi nada de lo que va a pasar el próximo año lo tengo claro a día de hoy. Es parte de la gracia. Brindemos por esa incertidumbre, que es sinónimo de libertad, pasión y ganas de seguir dando la vara. La mejor fiesta es la que aún no sucedió. Feliz 2019.